



## 12

### DEJANDO TODO LISTO...

El viento soplaba fuerte aquella mañana, mientras el P. Torres lo enfrentaba con decisión, envuelto en su blanca capa. Agosto había llegado con fuerza y hubiera preferido quedarse al amparo de los muros de su convento, pero tenía un compromiso con las monjas Catalinas y ¡no sería él quien las dejara esperando! No lo había hecho mientras era Provincial, ¡menos ahora!

Pensó en su sucesor en el provincialato: había llegado un mes atrás, proveniente del Ecuador<sup>20</sup>, y no le estaba resultando fácil hacerse a las costumbres argentinas. Algunos frailes le tenían poca paciencia en este proceso y... ¡pobre P. Robalino!, debía recurrir a sus Consejeros (él, entre ellos) para hacer de mediadores. El nuevo Provincial era un hombre... ni muy joven, ni muy mayor... ¿qué tendría?... ¿40?, ¿45 años?... y su empuje,

---

<sup>20</sup> El 4 de julio de 1881 llega a Córdoba, proveniente de Ecuador, el nuevo Provincial Fr. Pacífico Robalino, siendo puesto en posesión de su cargo por el mismo P. Torres, quien fue nombrado Definidor, es decir, Consejero.



su fuerza, lo entusiasmaba. Además, estaba empeñado en seguir afianzando la vida común, por lo que enseguida le había ganado el corazón. ¡Hacían buena yunta! ¡Y lo disfrutaban!

Ahora había decidido visitar las otras comunidades y tantear el terreno en Catamarca y Tucumán, por la devolución de las propiedades, y le había pedido que lo acompañara. Tendrían que viajar a caballo; el servicio de galeras no haría más que demorarlos. Le pareció oportuna y atinada la invitación, ya que su experiencia anterior en estos menesteres podría serles de utilidad. Por eso, antes de que llegara el día fijado, procuraba dejar todos sus asuntos bien atendidos.

La Hermana que lo atendió por el torno<sup>21</sup>, enseguida reconoció la voz.

- Bienvenido, Padre; lo estábamos esperando. Pase, por favor; el templo, ya está abierto.

Así lo hizo y, una vez adentro, se dirigió hacia el Sagrario. Puesto de rodillas, con la cabeza inclinada, pidió al Señor por cada una de las Hermanas que se presentarían hoy, con su miseria a costas, a pedir la gracia del perdón. Y pidió por él, para ser simple y eficaz canal de la Misericordia Divina.

Fue luego a la sacristía, donde encontró la estola<sup>22</sup> ya preparada. Sus labios la besaron con unción, antes de colocarla pendiente en su cuello. Con paso lento y ceremonioso llegó al confesionario, donde se sentó a esperar a las penitentes. Una ventanilla con tupido enrejado de madera, le permitía oír sus voces, pero no ver sus rostros. De la misma manera, tampoco ellas podían verlo. Sin embargo, lo que sí podía “ver”, era la belleza de cada alma que se abría ante él con humildad, y en sincera búsqueda de la voluntad de Dios. Aun cuando fuera posible que no las reconociera por

---

<sup>21</sup> Cabina cilíndrica con divisiones verticales que se coloca en el hueco de una pared y que al girarlo sirve para intercambiar objetos entre personas sin que estas se vean, usado especialmente en los conventos de clausura.

<sup>22</sup> Prenda de tela que se pone el sacerdote, pendiendo del cuello, para las celebraciones litúrgicas y es el signo sacerdotal, el signo de Jesús.



sus voces, seguramente lo haría por la obra que Dios realizaba en cada una de ellas, y de las que él, humilde fraile, era testigo privilegiado.

Cerca de tres horas estuvo escuchando, aconsejando, alentando, reprimiendo, enseñando... Del otro lado de la reja, a medida que iban alejándose del confesionario para dar lugar a la siguiente, los rostros reflejaban la paz y serenidad recibidas con el sacramento, y las voluntades firmes de seguir las indicaciones dadas por el confesor. Indudablemente, estos eran días de júbilo en la comunidad.

También el P. Torres se sentía bendecido especialmente. Había momentos en los que era el Espíritu Santo el que lo hacía hablar, y después... él mismo quedaba rumiando lo que había dicho... ¿De dónde había sacado esa clarividencia, esa seguridad? Y siempre, siempre, había una sola respuesta: ¡Dios había sido el Apuntador!

Ya de regreso en su comunidad, el P. Robalino lo llamó a su despacho.

- ¿Qué tal, P. José León? ¿Cómo van sus preparativos para el viaje? ¿Ya tiene todo listo?
- Casi todo, Padre, casi todo. Ya hablé con mi suplente por las clases de Teología, y sabe que el tiempo que estaré ausente será flexible. Esta mañana anduve por las Catalinas, y ya las dejé confesaditas y en gracia de Dios. Y esta tarde, como ya se ha corrido la voz de nuestro “programa”, me haré un tiempo para las confesiones de la feligresía. ¡Siempre hay candidatos firmes!
- ¡Muy bien! Es decir que ¿podríamos estar saliendo mañana?
- ¡Creo que sí! Veré ahora, con el Ecónomo, si ya nos consiguió todo lo necesario.
- ¿Y qué le parece? ¿Adónde deberíamos ir primero? La verdad, no sé cómo organizar nuestro itinerario... ¿qué me aconseja?
- Si el tiempo nos acompaña, yo iría primero a Catamarca. Creo que allí el trámite será rápido. No hay mucha esperanza de que el Obispado nos devuelva el templo, y mucho menos de que el Gobierno lo haga con la casa. Cuando yo lo intenté, las voluntades estaban muy cerradas. No se haga muchas ilusiones. Después, podríamos ir a La Rioja y quedarnos unos días. Visitamos a los frailes, descansamos, puede hablar con la gente del lugar, en fin, interiorizarse un poco de esa realidad. Luego, yo pasaría a Tucumán. Allí todavía no hemos abierto el



diálogo ni con el Obispado, ni con el Gobierno. Seguramente nos llevará un poco más de tiempo y necesitaremos hacer uso de toda nuestra capacidad diplomática. Finalmente, en Santiago del Estero, tendríamos otro lugar de descanso físico y espiritual con nuestros Hermanos. ¡Le daremos una gran alegría al P. Rufino! ¿Sabe? Le llevaremos uno de esos quesos de Yucat que tanto le gustan – dijo el P. Torres, riendo de solo imaginar la cara de sorpresa de su viejo amigo.

- ¡Me parece muy atinada su propuesta! Desde ya lo nombro guía oficial de esta expedición – respondió el P. Robalino, con alegre alivio. ¡Nada mejor que tener de compañero a alguien tan organizado, concreto y sabio!

Esa misma tarde, tal como lo predijera, tuvo “candidatos” para la confesión. Entre ellos, vio llegar a Nicasia, pero... ¿qué se había puesto? Bajó la vista para concentrarse en lo que estaba diciendo su penitente, y en cuanto le dio la absolución, volvió a mirar a la joven. ¡Sí, no se había engañado! ¡Estaba vestida con el hábito de la Virgen! Entre asombrado y entretenido por el atuendo escogido, continuó atendiendo las confesiones. Finalmente, le tocó el turno a Nicasia. Una vez terminada la confesión, el Padre le preguntó:

- Tengo una curiosidad: ¿qué hace, usted, vestida así?
- ¡Es el hábito de la Virgen, Padre! – contestó ella, entre dolida y escandalizada.
- Sí, ya me he dado cuenta, pero... ¿por qué?
- ¡Es un regalo que me hace, de vez en cuando, mi Santísima Madre! La primera vez, yo tenía solo cinco años. Mi mamá había hecho la promesa de vestirlo ella, pero yo también quería, y le suplicaba con lágrimas que me permitiera hacerlo. Consultó con su confesor... creo que era el P. Ortega... y le permitió cambiar la promesa: no sería ella quien vistiera el hábito, sino yo. Y cada tanto, cuando su confesor me autoriza a través de ella, lo vuelvo a vestir. ¡Ay, Padre! ¡Quisiera no tener que sacármelo nunca!
- ¿Y hasta cuándo sería capaz de llevarlo puesto?
- ¡Hasta la muerte!



El P. Torres sonrió, emocionado, la bendijo y dijo para sus adentros: *“¡Nadie podrá sacártelo nunca del corazón!”*... *“¿Solo del corazón?”*, sintió que preguntaba una voz desde lo más profundo de su ser... *“¿Solo del corazón?”* ...